

El nacimiento de la intimidad

VÍCTOR GARCÍA HOZ
Universidad Central de Madrid

A partir de la publicación de la obra fundamental de Stanley Hall sobre la adolescencia¹, las investigaciones sobre esta época de la vida humana se han instalado definitivamente en el marco de la psicología, sin que, a pesar de todo, el número, tanto de investigaciones aisladas cuanto de obras sistemáticas sobre psicología juvenil, haya logrado quitar a la adolescencia el carácter de algo huidizo e inaprehensible a nuestra mentalidad de hombres hechos que aspiramos a incluir en una idea universal un conjunto no pequeño de manifestaciones del mundo o de la vida.

La misma noción de la adolescencia está muy lejos aún, incluso en las obras más logradas, de alcanzar una expresión clara. Si a título de información repasamos alguna obra representativa de las culturas latina, anglosajona y germánica nos encontraremos con una patente imprecisión al explicar lo que la adolescencia sea.

Mendousse dice de la adolescencia que está formada por estados fugitivos, desconocidos a menudo por quien los posee e inaprehensibles a los procedimientos psicométricos². Todo lo que Garrison escribe cuando quiere expresar compendiosamente lo que es la adolescencia puede resumirse diciendo que está constituida por el tiempo en el cual es difícil considerar al individuo como niño o como adulto³. En cuanto a Spranger no es más explícito; la adolescencia es para él un despertar del alma⁴; mas no olvidemos que este despertar acontece justamente cuando desaparece la niñez, época que para el mismo

¹ G. STANLEY HALL, *Adolescence*, New York (Appleton-Century) 1904, 2 vol.

² P. MENDOUSSE, *L'ame de l'adolescente*, Paris (Alcan) 1936, p. VII.

³ K. C. GARRISON, *Psychology of Adolescence*, New York (Prentice Hall) 1945, p. 1.

⁴ E. SPRANGER, *Psicología de la edad juvenil*, trad. esp. Madrid, (Revista de Occidente) 1935, p. 51.

Spranger es de un claro y gozoso realismo; se trataría por tanto de un despertar cuando el ser humano justamente está más despierto.

Y precisamente en esta paradoja de Spranger está el principio del camino para encontrar la nota fundamental de la adolescencia, que se nos va a aparecer, más que como un despertar, como un nacimiento.

Si nos fijamos en los dos vocablos utilizados en castellano para referirnos a esta edad de la vida, *adolescencia* y *pubertad*, nos encontramos con que éste hace referencia a los signos físicos que ponen de manifiesto la aparición de la capacidad de reproducción en el hombre.

Mas el comienzo de la vida juvenil tiene mayor interés por sus caracteres psicológicos, por aquellas variaciones que se refieren a lo específicamente humano. Es en este aspecto en el que la palabra *adolescencia* se nos muestra más significativa.

En esta ocasión la etimología parece decir poco respecto del contenido de la palabra. El *adolescens* latino significa el que comienza a ser adulto; el *adolesco*, incoactivo de *adoleo* (crecer) parece como si quisiera indicarnos, al dar origen al *adolescens*, que éste es el que inicia el crecimiento definitivo.

No parece que en el latín, *adolescens* tenga que ver con *doleo* (doler); y, sin embargo, más cerca estaría, aparentemente, de la actual significación de la adolescencia, que muchos unen al verbo *adolescer*, caer enfermo o estar sujeto a los efectos y pasiones; en San Juan de la Cruz nos encontraremos con el verbo *adolescer* para significar fenómenos típicos de la adolescencia. Una pirueta poética nos permitiría rastrear, ya en el mundo clásico, un comienzo del significado que hoy parece tener la adolescencia. En Ovidio y Virgilio *adoleo* está empleado, por extensión, en significación de quemar; su incoactivo *adolesco* significaría empezar a quemar; *adolescens* sería el que empieza a quemar, y forzando la significación, el que empieza a quemarse. ¿No es la adolescencia aquella época en la cual el hombre empieza a arder en deseos altos o bajos, en ideales macizos o baladíes, en ilusiones nobles o indignas?

Tendremos, no obstante, que venir a nuestro propio idioma para encontrar, sin retorcimientos caprichosos, una significación acorde con el concepto hoy más extendido de la adolescencia. Es San Juan de la Cruz quien en la canción II del *Cántico espiritual* pide a las

criaturas que digan al Señor “que adolezco, peno y muero”; este adolecer se debe a la oscuridad en que el alma se encuentra frente a Dios, es una dolencia espiritual¹.

A pesar de todo, la significación esencial de la adolescencia está ligada estrechamente a la idea de crecimiento. La multiforme manifestación del comienzo de la vida juvenil, hace referencia a algún fenómeno de crecimiento o a la conciencia de este tipo de fenómenos en quien los posee.

Mas entendamos la significación del crecimiento. Biológicamente hay dos clases: el crecimiento *hipertrófico* que se manifiesta en el aumento de volumen de las células existentes ya en un organismo, y el crecimiento *hiperplástico* que acontece con la aparición de nuevas células. Aquél tiene una significación claramente cuantitativa, mientras en éste se puede dar un matiz cualitativo. El crecimiento que determina la adolescencia es primordialmente cualitativo, asimilable al hiperplástico, ya que, más que fortalecimiento de tendencias o conocimientos, incluye aparición de nuevos fenómenos en el orden afectivo o cognoscitivo.

El material que suministran las investigaciones empíricas no favorece, a primera vista, esta pretensión de unidad en tales manifestaciones. Sin embargo, examinando los fenómenos, a veces contradictorios, del comienzo de la vida juvenil, nos encontramos con que todos ellos van dejando la impresión de que el mundo interior irrumpe con todo su vigor en la vida del hombre. Y es tal vez esta aparición de la vida interior la que completa, cualitativamente, la evolución del hombre, que al final de la niñez ya es capaz de asomarse y percibir todo el mundo exterior que lo rodea.

Ahora bien, el fenómeno que da un matiz singular a la aparición del mundo interior es la conciencia que el sujeto tiene de estas nuevas fuerzas de su vida; de aquí que la adolescencia pueda caracterizarse más exactamente como una entrada del hombre en sí mismo o, mejor aún, como un *nacimiento de la intimidad*. Que ésta es algo más que una afirmación hipotética se demuestra en el hecho de que todos los fenómenos de la adolescencia pueden explicarse en función de este nacimiento, ya sean constitutivos de este hecho, ya una consecuencia de él.

¹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, canción II, 6.

Constitutivos del nacimiento de la intimidad pueden considerarse, en primer lugar la aparición de las tendencias sin objeto definido, que precisamente por no tenerle atraen la atención hacia el hecho mismo de la tendencia; toda la problemática amorosa, en sentido amplio, del adolescente es una llamada persistente, aunque de intensidad variable, hacia el interior. En segundo lugar el aspecto reflexivo y crítico del pensamiento no es más que la vuelta del mundo externo, en el que se encuentra inmersa la niñez, hacia el interior, como lugar donde se ha de contrastar todo conocimiento.

El nacimiento de la intimidad lleva consigo el conocimiento de su existencia, que tiene dos manifestaciones al parecer antagónicas: de una parte la conciencia de la riqueza interior; de otra, la conciencia de la contradicción interna que hay en el hombre.

De la conciencia del enriquecimiento interior surgen tres situaciones típicas del adolescente. La afirmación de sí, que explica ese característico gozarse en la soledad, esa actitud de defensa que es el pudor y la susceptibilidad, y ese soñar con elementos reales, que le lleva a la forjación del ideal. El espíritu y afán de independencia, que no tolera la sumisión del niño frente a sus superiores, padres, maestros. La conquista *afectiva* del mundo, traducida en las muchachas por un afán de agradar y que lleva a veces a los muchachos a actitudes y hechos extravagantes que tienen como fondo el deseo de llamar la atención; muchachos y muchachas coinciden, aunque por diversos caminos, en un ansia de admiración.

La conciencia de la contradicción interna da un peculiar matiz de inseguridad a la vida del adolescente; la soledad, el pudor, y la susceptibilidad que de una parte obedecen a la afirmación de sí mismo, no dejan de estar influídos por la conciencia de su debilidad; pero de esta conciencia de contradicción interna, surgen con claridad dos actitudes. De una parte, el deseo de comprensión, la angustia a veces, que lleva al adolescente a buscar guía en quienes tienen más experiencia. De otra el sentimiento de desilusión que les produce el choque con la vida y que con tanta frecuencia se da al comenzar la adolescencia.

Si se me permite una figura poética, diré que así como el llanto suele ser la primera manifestación del nacimiento al mundo exterior, la hosquedad, la desilusión, la angustia, son como el llanto que suele acompañar al nacimiento de la intimidad.

En resumen: el nacimiento de la intimidad o, dicho de otro modo, la conciencia de que existe en nosotros un mundo interior es el hecho inicial de la adolescencia y a su luz pueden comprenderse las variadas manifestaciones del comienzo de la vida juvenil. Con el afloramiento de la intimidad a la conciencia se acaba la evolución fragmentaria del hombre. Tarea de la juventud es ir armonizando las exigencias y posibilidades de la vida interior con las posibilidades y exigencias del mundo externo al cual se nació en la niñez. Cuando esta armonía se realiza, arriba el hombre a una madurez lograda.